

# 64: Fragmento del pasado: Una muerte en Montecarlo - La carrera perfecta

- 64: Fragmento del pasado: Una muerte en Montecarlo - La carrera perfecta

# 64: Fragmento del pasado: Una muerte en Montecarlo - La carrera perfecta

Ryan Romano murió innumerables veces, por su propia mano o por la de otros.

Pero hubo una muerte que superó a todas las demás. La muerte que le hizo dejar de importar y le enseñó a disfrutar de la vida. La muerte perfecta, de la que nadie debería regresar.

Esta es la historia de esa muerte.

Esta es la historia de Mónaco.

El sol se ocultaba tras el horizonte, y la ciudad de Mónaco brillaba desde abajo.

De pie en el borde del promontorio Tête de Chien, con su confiable motocicleta y su bolso de viaje cerca, Ryan observaba a su objetivo con atención. Habían pasado cinco años desde que dejó Italia, y ahora era el momento de la verdad.

Bueno, técnicamente habían sido tres meses, pero vivió esos meses una y otra vez, una y otra vez. Había recorrido las costas del mar Mediterráneo, buscando alguna pista sobre Len y su submarino. Sabía que ellas habían planeado ir a América antes... antes de la separación, pero ella no pudo haber cruzado el Atlántico. Tenía que haberse detenido en algún lugar más cercano. En algún lugar a su alcance.

Sin embargo, Ryan empezaba a perder la esperanza. Había recorrido Grecia, España, Francia, todos los lugares que podía imaginar. Había vagado por los desastres post-guerras, y se había quedado corto. Y si ella se había ido de Europa por completo, reubicándose debajo del agua o en una isla lejana, quizás también debería buscar una aguja en un pajar.

Solo había un lugar en el Mediterráneo que Ryan no había visitado todavía. El país que todos le habían advertido que no pisara. El lugar del que nadie había regresado.

“Montecarlo,” dijo Ryan, mientras observaba la ciudad costera. Lucía... agradable, por decirlo de alguna manera. Y eso le molestaba muchísimo.

En primer lugar, ese microestado seguía en pie. Eso, por sí solo, era inusual. Mónaco había sido alguna vez uno de los resorts costeros más lujosos de Europa, un refugio para jugadores y

millonarios; y, de alguna manera, aún conservaba esa apariencia después del apocalipsis. Parecía que las bombas, robots y nanoplagas se habían detenido en esa frontera.

Los edificios y casas estaban intactos, libres de deterioro, pero el viajero del tiempo no veía a nadie en las calles. Los barcos y yates flotaban en el mar, los autos vacíos formaban largas filas en las entradas, y Ryan no escuchaba ningún sonido. Ni siquiera el canto de los pájaros.

“Sé que estoy desafiando al destino al decir esto,” murmuró Ryan para sí mismo, como solía hacer para aliviar su soledad, “pero tengo una mala sensación acerca de esto.”

El viajero del tiempo guardó esta instantánea, por si acaso. Muchos habían ido a Montecarlo en busca de provisiones, elixires o un refugio seguro; pero ninguno regresó.

Pero ninguno de estos había viajado en el tiempo tampoco.

“Bueno, supongo que esta es la última oportunidad, Cortito,” dijo Ryan, mientras subía a su motocicleta y se dirigía hacia la ciudad. “Si no estás en el lugar de donde nadie vuelve...”

Bueno, siempre podía intentar cruzar el océano y llegar a América, si todavía existía. Pero, muy probablemente, Ryan tendría que aceptar la evidencia evidente.

Que Len ya no estaba.

El viajero del tiempo había hecho su presencia evidente, enviando señales a través de torres de radio y cualquier canal de comunicación que lograra encontrar. Si ella no le había contactado aún, entonces o no podía responder, o... había muerto.

Y Ryan no sabía qué hacer, si renunciaba a su amiga. Su misión de encontrar a Len lo había guiado a través de tantos reinicios, y no tenía otra razón en la vida. Ninguna causa a la que dedicarse. Desde la muerte de Bloodstream, el viajero del tiempo se había sentido a la deriva, y ni siquiera su poder podía contrarrestar esa profunda sensación de soledad. Sin Len, su existencia carecía de sentido.

Ryan ahuyentó estos pensamientos, se subió a su motocicleta y siguió el camino hacia Mónaco. Al llegar a la frontera oficial de la ciudad, el viajero en el tiempo advirtió un cartel mal pintado a un lado de la carretera.

“¡Las armadas de Andorra nunca conquistarán nuestra gran nación!” leyó Ryan en voz alta. ¿No sería acaso Andorra otro microestado?

La apocalipsis realmente hizo que todos los excéntricos salieran de sus escondites.

Ryan recorrió las calles de Mónaco y, para su sorpresa, nada terrible ocurrió. No cayó muerto de inmediato, ni fue emboscado por ningún Psycho loco. Casi resultaba decepcionante.

Sin embargo, el viajero en el tiempo percibía la tensión que impregnaba el ambiente. Las calles estaban limpias, los autos estacionados en su lugar correcto y las farolas funcionaban a la

perfección; aun así, Ryan sabía que la ciudad debía importar electricidad de la República Francesa, la cual había colapsado hace mucho tiempo. Cuando miró por las ventanas de las casas, las encontró vacías.

Ryan se dirigió al punto de referencia más famoso de Mónaco, la Place du Casino. El famoso casino de Montecarlo permanecía firme y orgulloso, conservando su esplendor del siglo XIX tras la apocalipsis. El reloj sobre la entrada seguía detenido a las doce, aunque las luces permanecían operativas. La fuente frente a la entrada funcionaba también, rodeada de un camino exuberante y arreglos florales.

“¿Hay alguien aquí?” preguntó Ryan, poniendo a prueba el destino. Solo la pesada quietud le respondió.

Bueno, quizás debería buscar—

La plaza desapareció en un instante con un estallido de amarillo y violeta.

En un parpadeo, Ryan se encontró dentro de un lujoso pasillo de mármol. Cuadros adornaban las paredes, las arañas de cristal proporcionaban algo de luz y la habitación conducía a grandes puertas de madera.

Tras un breve momento de perplejidad, Ryan observó a su alrededor, solo para encontrarse otra vez contra la pared con su mochila de provisiones. ¿Había sido teletransportado a otro lugar?

Ryan miró los cuadros, la mayoría con un estilo surrealista que le recordaba a René Magritte. Uno de ellos, titulado ‘El Génesis,’ mostraba dos manos enguantadas abriendo una Caja de Maravillas del Alquimista. Otro, ‘El Triunfo de Mónaco,’ representaba un ejército de hombres dorados invadiendo los robots de Mechron.

Confundido, Ryan tomó su mochila de suministros y caminó por el pasillo hasta arribar a las puertas del final. Notó un cartel encima de ellas, pintado con los colores más vivos posibles.

“¡APERTURA GRANDE DE MONTECARLO!”

Sin embargo, junto a ese cartel, Ryan observó palabras talladas de forma tosca en la pared de mármol.

‘NO CONFÍES EN LOS PAYASOS, TE COMERÁN EL CORAZÓN.’

Ryan continuó leyendo, encontrando más ‘consejos’ grabados en la piedra.

“Sigue las flechas hasta las suites antes de que oscurezca.” Escribió una segunda frase junto a ella. Quien la talló, lo hizo apresuradamente: ‘NO USES LAS ESCALERAS, TOMA EL ELEVADOR.’

Ryan bajó la vista y notó flechas grabadas en el suelo. Cada vez más confundido, abrió las puertas de madera y entró en la siguiente habitación.

Para su sorpresa, Ryan ingresó en una réplica del casino de Montecarlo; o al menos, en lo poco que había visto en fotos previas a la guerra. Sus pasos resonaban en un vasto vestíbulo sustentado por columnas, el suelo reemplazado por una gigantesca ruleta con fichas de un metro de ancho. Las candelabros colgando del techo proporcionaban la iluminación, y la decoración artística era la cúspide del lujo del siglo XIX. Ryan miró por las ventanas, pero todas estaban tapiadas con mármol.

“¡Bienvenido, estimado huésped!” dijo una voz a la izquierda de Ryan, alguien que se había acercado sigiloso.

“¡Ah!” Ryan dio un paso atrás, y activó instantáneamente su detención del tiempo. O eso intentó. Sintió que su habilidad se tensionaba contra una fuerza invisible por un breve segundo, pero el tiempo se negó a detenerse.

En un estado de pánico, Ryan desenfundó un arma oculta bajo su ropa, solo para darse rápidamente cuenta de su error.

La criatura frente a él parecía humana, pero solo en la apariencia superficial. Su piel era de un blanco antinatural, y lo que más destacaba era una máscara de payaso, maciza y dorada, que servía como rostro. Vestía un traje de crupier, con pajarita, una chaqueta antigua y guantes.

“¡Bienvenido a Mónaco!” dijo el payaso con una voz alegre, mientras su máscara de oro se movía de manera antinatural con cada palabra. Sus ojos y boca emanaban oscuridad. “¡El país más grandioso del mundo! ¿En qué puedo asistirle?”

Ryan intentó detener el tiempo otra vez, pero algo impedía que su poder se activara. Malditos sean, ¿acaso este lugar interfería con su habilidad? En ese caso, si Ryan moría dentro de estos muros...

“¿Dónde estoy, Pennywise?” preguntó el viajero en el tiempo, manteniendo su pistola apuntando hacia la criatura payaso.

“¡Por supuesto, en Mónaco! La nación más grande y próspera de la Tierra, por divina providencia de Su Alteza Jean-Stéphanie,” respondió el payaso.

“¡Oh, un nuevo huésped!” oyó Ryan, mientras otra figura de payaso entraba en el vestíbulo, aunque con rostro de bronce en lugar de oro. Como su compañero, llevaba un traje de crupier y sostenía bajo el brazo una bandeja de plata. “¡Bienvenido! ¿Le apetece una bebida?”

¿Qué—¿qué demonios? ¿Había entrado Ryan por accidente en una novela de Stephen King? “¿Jean-Stéphanie?” repitió, sin estar seguro de cuál de los payasos debía disparar primero.

“El Alteza Jean-Stéphanie el Primero, Soberano Príncipe de Mónaco, Conquistador de Liechtenstein y San Marino,” afirmó el payaso dorado, haciendo un gesto hacia una estatua de mármol situada cerca de las columnas, que representaba a una criatura extraña en una postura halagadora. La figura le recordaba vagamente a un hombre en traje y sombrero fedora, pero con brazos alargados y rasgos faciales distorsionados. “¡Su Alteza ascendió desde un nacimiento humilde para reinar en

Mónaco en 2005, gracias a que todos los demás estaban muertos!”

Decía eso con tanta felicidad y entusiasmo...

“Desde entonces, ha defendido valientemente Mónaco contra las hordas andorranas que intentan destruir nuestra gran nación,” continuó el payaso de bronce, señalando con la mano en dirección este del vestíbulo. “¿Le gustaría que le mostrara nuestro restaurante de cinco estrellas, si desea una comida caliente? ¿O quizás prefiere disfrutar de una partida de ruleta?”

—¿Por qué las ventanas están tapiadas?— preguntó Ryan, mirando el suelo donde unas flechas talladas apuntaban hacia el oeste. —¿Dónde está la salida?

—¿Por qué querría usted abandonar Mónaco?— preguntó el payaso de bronce con una risa. —¿Por qué querría alguien dejar la nación más grande del mundo?

—Yo quiero irme—, confesó Ryan, cada vez más incómodo.

—Pero usted es un invitado, alguien que ha sido invitado—, continuó el sirviente, cuya máscara se transformó en una sonrisa inquietante. Aunque sonaba inocente y alegre, en su tono había algo que hizo estremecer a Ryan. —Estamos a su servicio durante las horas de apertura. Siempre estaremos aquí para usted, querido invitado.

Mientras más permanecía en su compañía, más incómodo se sentía Ryan. Su amabilidad parecía falsa y forzada. —Volveré más tarde—, prometió, siguiendo las flechas.

—Pero pronto cerraremos—, dijo el payaso dorado, mientras él y el otro sirviente seguían a Ryan. Su postura había cambiado ligeramente y se volvía amenazante. —Cerramos muy, muy pronto.

—¡Aléjense!— gritó Ryan, apuntando con su pistola. Pero justo en ese momento, otros payasos entraron en el vestíbulo. Aunque todos vestían de crupier, sus máscaras eran de bronce, plata o oro. Aunque mantenían una distancia respetuosa, acechaban al viajero en el tiempo como una manada de lobos sonrientes. —¡No tengo miedo a los payasos!

"¡Solo queremos ayudarte, querido huésped!", dijo el payaso de bronce. Intentaba sonar tranquilizador, pero parecía más bien inquietante. "Existimos para servir al hombre."

Ryan recordó el mensaje en la entrada y de repente se preguntó si la frase tenía un doble significado. Siguiendo la flecha de signos, finalmente alcanzó un ascensor abierto entre dos escaleras. El vagabundo lo observó por un momento y notó trampas para osos y alambres colocados en las escaleras. Sin otra salida, entró en el ascensor mientras amenazaba a los payasos con su arma.

El Genoma vio un cartel que decía ‘AQUÍ’ justo al lado del botón del cuarto piso y lo golpeó con fuerza. La puerta se cerró frente a Ryan, mientras una docena de criaturas enmascaradas lo miraban en silencio inquietante.

"Estimados huéspedes". Ryan se quedó helado al escuchar una voz masculina que provenía del altavoz del ascensor. "Debemos informarles que, debido a una emergencia nacional, ¡el Casino de Monte Carlo cerrará antes de lo habitual! Pero les aseguro que, mientras Su Alteza Jean-Stéphanie nos proteja, los ejércitos de Andorra jamás destruirán nuestro principado. ¡Viva Mónaco!".

¿Pero qué demonios era ese lugar?

Cuando el ascensor llegó al cuarto piso con un sonido de 'clic', las luces se apagaron; y las puertas del ascensor se cerraron en ese instante en que Ryan salió. También escuchó un sonido proveniente de abajo, alguien activando una trampa de alambre.

Sintiendo que las cosas se pondrían feas muy pronto, Ryan tomó su teléfono móvil y activó la linterna. La zona parecía un pasillo que conducía a varias suites del hotel, aunque las paredes y puertas estaban reforzadas con placas de acero. Solo una habitación, numerada 44, parecía tener luz al otro lado, por lo que Ryan golpeó rápidamente su puerta.

"¡Oye!", gritó con todas sus fuerzas, aunque nadie le respondió. "¿Hay alguien allí? ¡Hola!"

¡Ding!

Ryan observó el ascensor mientras sus puertas se abrían, y emergieron media docena de payasos. Esta vez, no le invitaron cortésmente ni siquiera dijeron una palabra.

En cambio, cada uno portaba tenedores y cuchillos de plata en las manos, y servilletas en el cuello.

"¡Y por eso los niños ya no le tienen miedo a los payasos!", gritó Ryan abriendo fuego con su pistola, intentando detener el tiempo una vez más.

No solo su poder no se activó, sino que un payaso plateado recibió un tiro en la cara sin reducir la velocidad.

Las puertas de la suite se abrieron, y alguien salió. Para alivio de Ryan, su salvador era un humano normal, aunque con aspecto de Conan el Bárbaro. Vestía una especie de traje improvisado formado por un casco y hombreras de jugador de fútbol americano, reforzados con piezas de armadura medieval.

Lo más importante, llevaba una escopeta.

"¡Sabía que algo escuchaba!", dijo el hombre en francés, cargando su escopeta. La cara bajo el casco estaba arrugada, con ojos de un azul helado. "¡Muévanse!".

Ryan se apartó inmediatamente, mientras su salvador disparaba la escopeta. El tiro destrozó a un payaso de bronce, que tenía un líquido blanco en lugar de sangre saliendo de su cuerpo. Sin embargo, los otros rápidamente apartaron el cadáver de en medio y se lanzaron hacia los humanos con miradas hambrientas.

"¡Vamos, vamos, vamos!", gritó el hombre al viajero del tiempo, y ambos huyeron valientemente a la suite. La figura blindada cerró la puerta rápidamente tras ellos y la aseguró con llave, mientras Ryan escuchaba un fuerte golpe del otro lado. Los malévolos crupiers comenzaron a gritar tras la puerta de metal, golpeándola con todas sus fuerzas, pero resistió.

"Un día, antes de que la artritis me gane, ¡me lanzaré kamikaze contra tu trasero!" gritó el hombre blindado a través de la puerta. "¡Les dispararé a todos como Tony Montana y acabaré con cada uno de vosotros!"

Luego se volvió hacia Ryan. "¿Estás bien, chaval?"

"Creo que sí..." Ryan tomó aire y miró a su alrededor. Como se podía deducir desde afuera, la zona era una lujosa suite de hotel, lo suficientemente grande como para acoger a toda una familia. Decorada al estilo francés del siglo XIX, el lugar tenía paredes blancas como la nieve y ventanas cubiertas con mármol. La suite contaba con varias comodidades, desde un sofá con televisor hasta una biblioteca y, incluso, un mostrador de bar.

Lo más extraño fue que Ryan también notó un agujero en una de las paredes, con una piqueta cerca.

"Pareces italiano, ¿eres rital?" preguntó el blindado, cambiando al italiano. Ignoró totalmente los ruidos que venían del exterior y se dirigió al mostrador, dejando su escopeta al alcance de la mano. Se quitó el casco, revelando su calvadito total; Ryan lo estimaría en unos sesenta años, quizás un poco más. "Te has alejado mucho de tu país, macarrón. ¿Cómo te llamas?"

"Ryan, tú, queso francés," respondió el viajero con tono brusco. "Ryan Romano."

"Me llaman Simon. Soy el sheriff de Suitestown," dijo el hombre mientras sacaba dos copas y una botella de brandy. "¿Qué fecha es hoy afuera? Tengo que comprobar."

"Primero de abril de 2017," respondió Ryan con el ceño fruncido.

El hombre suspiró pesadamente. "Joder, doce años, tío. Doce años atrapado en este lugar. ¿El planeta sigue siendo un montón de escombros radiactivos?"

"Sí, pero ¿dónde estamos?" preguntó Ryan, exigiendo respuestas. "¿Es Monte Carlo?"

"Diría que es el Infierno, pero no tienes tanta suerte. Estás en Mónaco. El Mónaco real, del que nadie vuelve," resonó una alarma en la habitación, y Simon miró debajo del mostrador para coger un teléfono fijo. "Sí, Martine?"

Aunque no entendía la conversación, Ryan escuchó la voz de una mujer al otro lado de la línea.

"Sí, sí, llegó un tipo nuevo y los crupieres lo siguieron. Sí, está a salvo. No te preocupes," Simon miró a Ryan con intensidad. "¿Llevas armas en tu bolso?"

"Uh, tres pistolas, balas, suministros médicos, comida y agua..."

“Bien. Te pediré que compartas. Aquí no hay egoístas que se aprovechen,” luego Simon se concentró en el teléfono. “Sí, Martine, nos veremos mañana. Cuídate.”

“¿Dijiste que eras el sheriff de Suitestown?” preguntó Ryan después de que Simon colgó, aceptando cuidadosamente el vaso. Notó un libro al borde del mostrador, ‘El mito de Sísifo’ de Albert Camus.

“Somos unas cuarenta personas distribuidas por todo el cuarto piso,” explicó el hombre. “Mantengo seguro el acceso al ascensor, controlando las trampas en las escaleras. Si obligamos a los crupieres a usar el ascensor, se forma un cuello de botella. Así los podemos gestionar mejor.”

“¿Has visto a alguien llamado Len?” preguntó Ryan, encontrando en esta locura una chispa de esperanza. “Len Sabino. Cabello negro, ojos azules, marxista-leninista. Debe haber llegado aquí hace un año.”

“Aún no he visto a ningún comunista, y llevo un tiempo aquí. Aunque quizás esté muerta. Gente como tú, que llega durante el horario de apertura, son los afortunados. Los que llegan en mal momento, bueno...” Simon señaló la puerta. “Se los comen.”

Entonces, o Len estaba muerta, o no estaba en este lugar. Ryan rezó por lo segundo. “¿Hay—”

“No hay otro santuario, ni salida tampoco,” dijo Simon con franqueza. “Las suites son las únicas zonas seguras. Algo impide que entren, pero solo si la puerta está cerrada con llave. Te encontraremos una suite para ti.”

El hombre le dirigió a Ryan una sonrisa maliciosa.

—Vas a quedarte aquí por un tiempo, p’tit rital.

Maldita sea.

Diez horas.

El asedio de los payasos duró diez horas. Gritaban y golpeaban la puerta sin descanso. Cuando las luces se encendieron en el pasillo, de repente, cesó el ataque. Los payasos se calmaron y regresaron al piso inferior; resultó que solo se volvían hostiles durante las horas de “cierre”.

Al día siguiente, Simon presentó a Ryan ante la alcaldesa de la comunidad, Martine, una rubia de veintiocho años que vivía cuatro habitaciones adelante del límite del ascensor. Ella le explicó rápidamente la situación.

Todos en el pueblo tenían la misma historia. Llegaron a Mónaco, ya fuera sin saber del peligro o subestimándolo, y terminaban teletransportados al vestíbulo de entrada. Simon había estado allí el más tiempo, unos meses después de que comenzaran las guerras del Genoma.

Ninguno más tenía superpoderes, y el propio control del tiempo de Ryan no funcionaba en aquel lugar extraño. Bueno, todavía sentía que su habilidad se activaba, pero una fuerza opositora la

anulaba en el último momento. Cuando obtuvo más información acerca de aquel sitio, el viajero en el tiempo finalmente entendió por qué.

El Casino de Monte Carlo era una dimensión en sí misma.

O al menos, esa era su mejor suposición. Además del piso de la suite, cada habitación era una variante de ocho más; una cocina-restaurant, una mesa gigante de ruleta, un vestíbulo, una sala de máquinas tragamonedas, una tienda, una arena de juegos de cartas, un área de almacenaje y un teatro. Cada habitación conducía a otra, nunca en la misma disposición, formando un laberinto gigantesco con solo el ascensor y el 'pasillo de entrada' como puntos de referencia. Según estimaciones de los exploradores, la zona cubría al menos ocho kilómetros cuadrados, cuatro veces el tamaño de Mónaco. Y seguían descubriendo nuevas habitaciones.

A Ryan le recordó a un videojuego de exploración en mazmorras, con habitaciones generadas por computadora. Excepto que era mucho menos divertido de lo que recordaba.

Al menos, el café y los restaurantes se reabastecían con regularidad, aunque nadie sabía cómo funcionaba eso. Alguien colocó una cámara en una cocina para grabar el fenómeno, y la comida y el agua aparecían mágicamente durante las 'horas de cierre'.

Ryan no estaba seguro si su punto de guardado aún funcionaba. Solo había una forma de averiguarlo, y no tenía prisa por probar la prueba de la soga. Había muerto una docena de veces, y cada experiencia había sido angustiada hasta ahora. Muchos le habían dicho que la muerte era un final pacífico, pero claramente nunca habían muerto antes.

La comunidad se dividía en grupos, cada uno con una tarea específica; desde exploradores que cartografiaban el laberinto, hasta recolectores en busca de comida. Como era uno de los pocos con experiencia en armas de fuego, Ryan pronto se convirtió en el adjunto de Simon, con su propia suite justo al lado del ascensor.

En ese momento, el viajero en el tiempo acompañaba al grupo de Martine mientras recolectaban comida. Y lo lamentaba.

—Querido huésped, ¡esperamos que tengas un tiempo feliz en Mónaco, la nación más grande de la Tierra! —le dijo un payaso plateado a Ryan, ofreciéndole un plato rebosante de camarones exquisitos y toasts de salmón. —¿Puedo ofrecerle estos obsequios de nuestro chef?

—Lárgate —respondió Ryan, apuntando con una pistola al crupier—. Martine, menos categórica, se llevó todos los toasts y los metió en una bolsa.

Los payasos eran completamente amistosos durante las horas de apertura, lo cual, en la mente de Ryan, los hacía aún más inquietantes. Pasaban de una falsa amabilidad a una hambre asesina con una rapidez escalofriante, y eran increíblemente hábiles en acechar a las personas.

Lo peor era que el Casino de Monte Carlo a menudo 'cerraba' temprano, a merced de alguna fuerza que controlaba los altavoces. La primera vez que sucedió, con solo cinco minutos para volver a las suites, Ryan pensó que sería su hora final. Si no hubiera corrido locamente hacia el

ascensor, seguramente habría muerto.

Una voz resonó por los altavoces. Por un momento, Ryan temió que anunciara un cierre de emergencia, pero solo era la habitual tontería. “¡Hoy es un día magnífico para Mónaco! ¡Nuestros soldados han conquistado una gran victoria contra el duque de Luxemburgo! ¡La sangre de nuestros enemigos pintará nuestros yates!”

‘Mónaco’ había estado en guerra con Liechtenstein, Luxemburgo, Andorra y San Marino, pero nunca con el mismo cada día.

“¡Levántense, Mónaco, levántense!” continuó la voz. “¡Viva Jean-Stéphanie!”

“Ni siquiera estoy seguro de que exista,” le dijo Martine a Ryan, “nadie lo ha visto nunca, ni siquiera los payasos.”

“¡Porque Su Alteza está más allá de nuestra comprensión!” intervino una de las criaturas, solo para ser ignorada. “¡Viva Jean-Stéphanie!”

“Podría ser un Psycho,” comentó Ryan mientras el grupo terminaba su búsqueda y regresaba al ascensor. Si interfería con su poder, entonces probablemente era un Violet. “Aunque no entiendo por qué nadie vino tras de mí.”

“Quizás su poder lo sustenta,” propuso Martine, al regresar al piso de las suites. “¿Algún progreso con tu radio?”

“No, nada.” Algunos de los libros que lograron recuperar el grupo incluían manuales o revistas de tecnología previa a la Guerra. Ryan pensó que quizás podría construir una radio lo suficientemente potente para solicitar un rescate.

Era una esperanza ingenua, pero hasta que alguien encontrara una salida, era todo lo que el grupo poseía.

“¿Quieres ver una película esta noche?” le ofreció Martine. “ Encontré un casete de La Gran Vadorille el otro día. No es comedia de alta calidad, pero ayuda a pasar el tiempo.”

“Quizás otro día,” contestó Ryan, deteniéndose frente a la habitación de Simon. “Debo revisar al anciano.”

“Simplemente no entiendo por qué sigue cavando,” suspiró el alcalde. “Supongo que se ocupa de la mejor manera que puede.”

Ryan encogió los hombros y desbloqueó la puerta de Simon. Como subjefe, tenía copias de las llaves de todos.

Tras cerrar la puerta tras él, Ryan se dirigió hacia el agujero en la pared, encendió una linterna y entró. Le tomó más de una hora, pero finalmente escuchó el sonido de un pico golpeando la piedra. Simon estaba ocupado cavando con una linterna atada a su casco.

“Hola, Simon,” anunció su presencia Ryan, aunque el sheriff no se detuvo. “Tenemos camarones para esta noche.”

“Uf, mataría por una hamburguesa,” se quejó el hombre, golpeando la pared con su pico. “¿Cuánto tiempo ha pasado desde que te uniste a nosotros, p’tit rital?”

“Seis meses.”

“Seis meses... lo que significa dos más hasta que cambien el menú. Eso lo hacen cada Navidad.” El anciano suspiró. “Sabes, había un tipo, que tenía un perrito. Pensaba que era adorable, así que seguía enviándome fotos. Cada vez que miraba esa cosa peluda, seguía ladrándole a mí. Ladraba, ladraba, y ladraba. Era tan molesto que no te lo imaginas. Cada vez que lograba sacarme de quicio, me preguntaba... ¿cómo sabe a perro?”

“¿El tipo?” preguntó Ryan, un poco incómodo con la charla.

“El cachorro,” dijo Simon. “Y un día... no resistí más. No había mucha carne, pero sabía bien. Como un regalo de Navidad que me di a mí mismo.”

“No estoy seguro de entender adónde va esto...”

“Dios nos puso en la Tierra por una razón, p’tit rital,” dijo Simon, haciendo una breve pausa. “La mía fue comer cachorros. Cuando veo a estos payasos rabiosos afuera, todos parecen perros pequeños para mí.”

De repente, Ryan se dio cuenta de que años atrapado en una suite de hotel hacía maravillas por la cordura de un hombre. El vagabundo temía imaginar cómo sería en diez años. “¿Cuán largo es tu túnel ahora?”

“Dos kilómetros, pequeño nieto.”

“Dos kilómetros,” repitió Ryan. ¿Cómo era posible que todo el asunto no hubiera colapsado aún sobre él? “Tu túnel mide ahora dos kilómetros de largo.”

“Me queda energía para diez metros más.”

“Solo digo que no creo que haya una salida por aquí.” Aunque Ryan no había abandonado la esperanza de encontrarla, intuía que esa dimensión insólita se expandía sin fin. “No entiendo por qué sigues cavando.”

El hombre mayor le miró a los ojos. “¿Alguna vez leíste “El mito de Sísifo”?”

“No, pero probablemente lo haga, ya que me lo recomiendas todo el tiempo.”

“En ese texto, Camus relata el destino de Sísifo, condenado a empujar una piedra por toda la eternidad. Una tarea totalmente absurda. Pero cuando finalmente comprende que es inútil y acepta su destino, realmente es libre. Acepta su situación y, a través de ella, encuentra la

felicidad.”

“Entonces tú... ¿qué, crees que nunca lograremos escapar?” preguntó Ryan con un ceño de disgusto. “¿Que todos nuestros esfuerzos serán en vano?”

“Sí, nuestros esfuerzos son inútiles. Pero los acepté como algo sin sentido, y eso me da paz interior. Pero tú, pequeño nieto, ¿aún crees que saldrás, y cuanto más falles, más frustrado te sentirás?”

“Alguien me espera afuera,” recordó Ryan a Len.

“No creo,” respondió Simon con un encogimiento de hombros. “Pero haz lo que quieras. Solo te digo el secreto de la felicidad, aunque no puedo obligarte a aceptarla. Lo que quiero decir es que, cuando te enfrentas a una absurda falta de sentido, solo tienes que seguir adelante. Como la piedra.”

“Eso es ridículo.”

“Un día, te darás cuenta de que la piedra no es tu enemigo,” afirmó Simon con un gesto de resignación. “Es tu amigo.”

“¿Qué pasaría si, por algún milagro, llegaras a un final,” dijo Ryan, “pero en lugar de una salida, tu túnel conduce a otra habitación? ¿Cómo reaccionarías?”

“Encontraré un nuevo muro,” respondió Simon con una sonrisa radiante, mientras levantaba de nuevo su pico, “y cavaré otro agujero.”

Ryan abrió la boca, la cerró, y volvió a abrirla. “¿La piedra es tu amigo?” preguntó con una expresión de desconcierto.

“La piedra es tu único amigo.”

Era diciembre de 2035 en Suitestown, y poco había cambiado salvo el menú.

Nadie había entrado en el laberinto en años, probablemente porque la gente finalmente había entendido el peligro de Mónaco. O quizás su misterioso secuestrador había muerto, y su dimensión seguía funcionando sin él. Sea cual fuera la razón, sin sangre fresca, el número de habitantes empezó a reducirse. De cerca de cincuenta en su apogeo, ahora se habían quedado en la mitad. Algunos habían sido devorados por los payasos, y otros... simplemente se habían rendido.

Ayer, Simon decidió acabar con su vida, tal como lo había prometido. Salió una noche a morir como un hombre, con un cigarro en la boca, una botella de vodka en la mano izquierda, y su escopeta en la derecha. Al final, los crupieres no lograron matarlo, aunque muchos de ellos murieron intentando.

En cambio, el corazón del viejo sheriff se detuvo, incapaz de soportar el estrés del combate.

Las criaturas no se comieron su cuerpo, aunque Ryan no estaba seguro si era porque Simon les daba miedo incluso en la muerte, o por un extraño respeto. Los aldeanos quemaron el cadáver y enterraron los huesos bajo la barra del bar, que tanto amaba, y Ryan asumió el papel de sheriff de Suitestown. Incluso heredó la suite de Simon.

Y ahora...

Ryan miró el túnel, preguntándose qué hacer con él. Simon afirmaba haber llegado a los cinco kilómetros antes de su fallecimiento, y seguramente habría seguido avanzando si su cuerpo no lo hubiera traicionado. Incluso dejó su pico junto a la entrada; ahora estaba dañado por el uso excesivo y apenas podía seguir cavando.

Y aún así...

"La roca es tu amiga, ¿verdad?", murmuró Ryan para sí mismo mientras agarraba el pico.

Era diciembre de 2101 en Suitestown, y Ryan era el último hombre en Mónaco.

Descansaba en su cama, con una pila de comida al alcance de la mano, redactando las memorias de su vida en un cuaderno. Aunque nadie nuevo llegaba desde hacía décadas, quería dejar alguna ayuda en caso de que alguien terminara atrapado en Mónaco.

A lo largo del siglo, el vagabundo había explorado el Casino de Montecarlo más allá de lo que nadie había hecho, pero aprendió poco más. El laberinto realmente parecía ser infinito, en la medida en que podía percibir. Ninguno de los sistemas necesitaba electricidad para funcionar; los teléfonos fijos que conectaban las habitaciones funcionaban incluso cuando estaban desconectados unos de otros. No había un sistema central de comunicación para transmitir órdenes a través de altavoces, ni un lugar de origen para el personal.

Este lugar no tenía sentido. Era un espacio conceptual, sin lógica más allá de la voluntad del creador. Debía ser obra de un Genoma Amarillo, pero Ryan nunca pudo confirmarlo.

Había intentado de todo, desde radios hasta bombas. Había volado la entrada principal, diseccionado a los payasos e incluso probado rituales ocultistas extravagantes cuando todo lo demás fallaba. Nada funcionó. Solo había una forma de escapar de este lugar, y Ryan tenía la sensación de que sucedería pronto.

Hace veinte años, cuando solo quedaban cinco de ellos, la mayoría demasiado mayor para sobrevivir sin ayuda, los supervivientes convocaron una reunión. Todos decidieron optar por la opción de abandonar el juego, salvo Ryan.

Él ya había muerto demasiadas veces para querer apresurarse.

Una payasa llamó a la puerta de su suite, interrumpiendo su trabajo. "Querido huésped, ¿quizás le gustaría jugar una partida de baccarat en el piso de abajo? ¡Estamos organizando un torneo solo para usted!"

“No, gracias”, susurró Ryan con voz ronca, negándose a abandonar su cama. Ellos esperaban en la puerta día y noche, esos infelices. Esperaban a que muriera como hienas hambrientas acechando a un viejo león. Pero el viajero en el tiempo se negaba a morir por simple maldad.

Como un Genoma, intrínsecamente superior a los humanos, Ryan había envejecido con gracia. Aunque su cuerpo mostraba arrugas, mantenía la vitalidad de un hombre de mediana edad, incluso después de más de un siglo de vida.

Y entonces, la salud de Ryan empezó a deteriorarse de repente hace un año. Quizás su cuerpo mejorado con Elixir tenía una fecha de caducidad, o simplemente era el coste acumulado de vivir tanto sin luz natural, aire fresco o compañía. Hace treinta días, el Genoma despertó solo para descubrir que no podía moverse lejos de su cama sin desplomarse. Afortunadamente, había acumulado una reserva de comida y agua justo para esta circunstancia.

Ryan lamentó ligeramente no haber intentado una misión suicida como Simon cuando tuvo la oportunidad. Al menos así negaría a sus carceleros un poco de satisfacción a su manera.

Sus viejos ojos se desplazaron hacia el borde de su habitación y el túnel más allá. Casi había alcanzado la marca de quince kilómetros cuando su cuerpo finalmente le falló, y esa sería una de sus últimas sombras de remordimiento.

Pero, sobre todo, Ryan lamentaba no haber encontrado nunca a Len. No saber qué le ocurrió. Había aprendido muchas cosas a lo largo de los años, devorando toda fuente de conocimiento que encontraba, perfeccionando sus habilidades de combate, pero nunca descubrió cómo continuaba el mundo más allá de esas paredes.

Moriría con asuntos pendientes. Esa era la parte más humillante.

Pero... bueno, al menos, había tenido una vida. Había derrotado a Bloodstream, y se había asegurado de no matar a nadie más. Ryan no había hecho todo lo que podía, pero lo intentó. Quizá era un último intento de un anciano por consolar su conciencia culpable, pero... cuando cerró los ojos por última vez, el viajero pensó que había encontrado la aceptación que Simon le predicó hacía tanto tiempo.

Aceptar su destino no le trajo felicidad.

Pero sí le brindó paz interior.

Y así, Ryan durmió.

Y volvió a despertar, enfrentándose a una luz radiante.

"¿Qué es...?" El viajero alzó la mano, demasiado abrumado por el resplandor. Quemaba sus ojos con su brillo, y esa extraña fuerza que rozaba sus mejillas.

¿Era... viento?

Cuando Ryan se adaptó a la luz, se dio cuenta de que le miraba directamente el sol. Su mano ya no estaba arrugada, sus piernas aún podían sostenerlo, y se sentía joven otra vez. Muy joven, muy fuerte. Respiró aire fresco por primera vez en casi un siglo.

Al mirar hacia abajo, observando Mónaco desde lo alto, no tardó en entender dónde se encontraba.

Era el mismo promontorio de piedra donde había salvado por última vez, casi un siglo atrás.

"Pero yo... yo morí. Morí en Mónaco, y mi poder..." ¿El dimensión pocket evitó la detención del tiempo, pero no el punto de salvación? Y sin embargo, la manera en que pereció... no podía confundirse con otra cosa. Ryan lo sabía en lo más profundo de sus huesos.

Vejez.

Ryan Romano había muerto de viejo.

Y todo empezó...

Todo.

¡Fin!

¡Otra vez!

"No puedo morir de vieja," comprendió Ryan, desplomándose de rodillas. "Soy... soy inmortal. Soy inmortal."

Eso...

Nunca terminaría.

Nunca, nunca acabaría.

Siempre empezaría de nuevo, una y otra vez. Por siempre y para siempre. Aunque pudiera evitar la detención del tiempo, ni Mónaco podría borrar el punto de salvación. Ni siquiera la vejez cancelaría su punto de guardado.

"Ah..." Ryan susurró entre risas nerviosas. "Ah..."

Ryan estalló en una risa nerviosa, rodando sobre la piedra cerca de su motocicleta. No sabía cuánto rato rió, pero al final, el sol ya se había ocultado hacía mucho, y su garganta ardía. Luego, el viajero se recostó de espaldas, mirando las estrellas en silencio durante media hora.

Finalmente, cuando se levantó y observó las estrellas, Ryan se dio cuenta de que no sentía nada.

Antes había temido a la muerte. La deseaba con terror. Temía el dolor, la pérdida, ese breve olvido cuando la luz se apagaba. Morir no era divertido.

Pero eso fue antes.

¿Y ahora?

Ahora, ya no le tenía miedo. La muerte ya no parecía dolorosa. Tras comprender que ni siquiera la vejez podría mantenerlo derrotado por mucho tiempo, el viajero se había vuelto insensible a todo ello.

Ryan Romano estaba condenado a vivir. A cargar esa piedra en lo alto de la colina y volver a comenzar. Recordó las palabras de Simón, y se dio cuenta de que quizás el anciano tenía razón. El viajero en el tiempo era un Sísifo renacido, y su vida era un absurdo.

Y en lugar del horror... Ryan sintió una profunda sensación de libertad.

“¿Sabes qué?” murmuró el viajero, mirando hacia abajo a Mónaco. “Ya no me importa.”

Si Ryan estaba condenado a vivir, sería al máximo. Ya no temía nada y disponía de todo el tiempo del mundo. Tiempo suficiente para ver cómo todo podía desarrollarse, para intentar todo lo que valiera la pena. Su vida era un juego sin fin, y el cielo era el límite. Podía hacer lo que quisiera.

Y en ese preciso instante, Ryan quería liberar a Simón, a Martine y a todos los atrapados en aquel infierno.

Si la vida del viajero en el tiempo fuera un videojuego, esa sería su primera misión. La primera de muchas, pero lejos de ser la última. Y tras presenciar un final terrible, no aceptaría nada menos que el final perfecto.

Ryan había abrazado lo absurdo y aprendido a amar esa piedra en la cima de la colina.